

*Lo imaginario espacial y la geografía **

*En defensa de la geografía de las representaciones ***

Antoine S. BAILLY

Tras veinte años de geografía de las representaciones, ¿cómo se puede seguir aceptando que la geografía se defina como la «ciencia del espacio», el conocimiento directo de la realidad material? Esta concepción de la disciplina, dentro de la lógica de los preceptos cartesianos sobre la prueba —o certeza independiente del descriptor—, del reduccionismo —separación de los conjuntos en elementos simples—, de la causalidad —existencia de un orden, de una cadena de causalidades lineales—, y de la exhaustividad —certeza de no omitir lo esencial— se contradice con el enfoque holístico de la geografía de las representaciones; ciertamente, ¿cómo pueden separarse nuestras prácticas científicas de nuestra interioridad, con sus aspectos afectivos y emocionales? ¿La acción científica no constituye una prolongación del ser? ¿El geógrafo, más allá de la observación de lo aparente, no debe también incluir esos lazos sutiles y complejos, tal vez aleatorios y ocultos, que unen a los hombres con su lugar de vida, incluso a los poetas, o a todos los que hacen de la geografía un paralelo? Lo que deseamos mostrar es cómo, en un entorno histórica y socialmente dado, el individuo construye su propia realidad articulando lo estructural, lo funcional y lo simbólico; cómo el paisaje nos remite a nuestra experiencia existencial; cómo se articulan lo real y lo imaginario en cada lugar.

* Le agradezco a R. Scariati sus consejos y preciosa ayuda durante la concepción de este manuscrito. Lo escrito encuentra su espíritu en la amistad.

** Traducción de Pilar Bosque Sendra.

1. EL HOMBRE ES CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO

Al precepto de la evidencia, hemos de oponer el del subjetivismo, que permite integrar la irracionalidad humana; el precepto del reduccionismo, hemos de sustituirlo por el de la complejidad, ya que cuanto más se reduzca el lugar estudiado, más complejo será y mayor número de dimensiones se revelarán; a la causalidad se opone la probabilidad, la imposibilidad de preverlo todo, al menos en términos aleatorios; la exhaustividad se sustituye por lo ideológico, es decir, la representación parcial de los fenómenos explícitos e implícitos por nuestra decisión (Bailly, 1984).

El geógrafo, como cualquier otro investigador de las ciencias humanas, se encuentra frente a un mundo fabuloso y complejo, a un caos de experiencias existenciales, y si desea comprender la creación, la evolución, si desea buscar un orden en este caos, debe aceptar el carácter aleatorio del cambio, la irracionalidad aparente de la conducta humana. También se interesará por el simbolismo de los lugares a la manera de G. Bachelard, por sus aspectos míticos como A. Cauquelin, por sus connotaciones subjetivas a la manera de P. Sansot. Topofilias, topofobias, lugares amados u odiados, diría Yi Fu Tuan, el espacio en sí mismo no es nada, remite a la consciencia, a la ideología del que lo vive para convertirse en un lugar existencial. Preferimos este término, al que los geógrafos humanistas cargan con la capacidad de significar, al mucho más geométrico del espacio (que es un principio universal como el tiempo) o al más institucional del territorio.

Según Entrikin (1976), el lugar «no es una colección de objetos y acontecimientos empíricamente observables, sino más bien el depositario del significado». Esos lugares dicen lo que nosotros somos, y dejamos a los racionalistas el gusto de creer que pueden volver a transcribirlos exactamente. Preferimos comprenderlos en su riqueza interior, su significado histórico y social, su sentido para el hombre (Relph, 1976) por medio de las obras de los poetas, de los novelistas o las historias de los habitantes que proyectan dicha interioridad en la narración.

El hombre es un actor geográfico, el lugar es su espacio vital; todas las relaciones se mezclan en una madeja de lazos que transmiten nuestros sentimientos personales, nuestros recuerdos colectivos y nuestros símbolos. No puede existir una visión única de un lugar. Por encima de nuestras cabezas, no hay un solo cielo sino millares... (Stein, 1987) que se transforman, presas de cambios originados en nuestra historia vivida. La belleza y la fealdad nos remiten al hombre, y el edificio más deteriorado se convierte en algo soberbio, rico, dotado de espíritu. Basta con una emoción, un recuerdo, tal vez una tontada, para que el espacio, convertido en lugar, empiece a vivir. Pero el racionalista no lo comprenderá jamás, ya que no puede explicar objetivamente el apego

del anciano a su sórdido alojamiento, las pintadas revolucionarias del estudiante, la fiesta en las peores chabolas de Calcuta. La empatía del investigador es el punto de partida necesario para la investigación realizada en la geografía de las representaciones; la indiferencia, la neutralidad, se oponen a ella.

Así, pues, la ciudad vive más allá de su planificación, de sus estructuras y de sus referencias físicas y de sus funciones. Como consecuencia del isomorfismo existente entre las diferentes facetas de los lugares, entre el hábitat, los rituales sociales, la cultura, la forma de vestirse..., el geógrafo puede deducir el principal papel desempeñado por las estructuras profundas. Los pasados, los presentes y los futuros humanos se entretajan para crear un ambiente que solamente un análisis interiorizado permitirá comprender en su sutil riqueza. La representación geográfica ya es una forma de ser, una manera de hablar de la Tierra, escenario de la aventura humana. Asimismo es el mediador de la experiencia espacial desde un punto de vista existencial: el descubrimiento de las interacciones hombre-entorno, de la función de los lugares en la puesta en marcha de las dinámicas humanas... El ejemplo de la representación de los desplazamientos, de los viajes, aunque algo olvidada por los geógrafos a favor de las perspectivas sedentarias, ilustra las posibilidades de esta geografía de las representaciones.

2. EL DESPLAZAMIENTO IMAGINARIO

De entre los cuatro elementos fundamentales: agua, aire, fuego y tierra, este último considerado como la madre del hombre, su morada entre el nacimiento y la tumba, siempre ha inquietado e intrigado al hombre. Hay que franquearla para vivir y el movimiento sobre la Tierra ha significado progresivamente la vida. Sólo cuando se muere, cuando se regresa a la Tierra, el movimiento cesa. La descripción (Boughali, 1974) de las prácticas tradicionales entre las tribus berberiscas ilustra el lazo nacimiento-muerte-lugar vivido. De ahí a asimilar la Tierra y el movimiento a la evolución de lo que vive, no hay más que un paso, franqueado ya en la antigüedad. El análisis del movimiento no puede reducirse a la relación geométrica entre dos conjuntos de puntos: el espacio, la duración, las prácticas especiales se combinan en la experiencia humana para transformar el soporte terrestre en un lugar, la distancia en un viaje vivido. Si la representación del trayecto se corresponde con la organización de una serie de puntos de referencia relacionados con los conceptos topológicos de la separación —asociación, orden—, la posición, y la conexión (Bailly, 1985), entonces ésta es simbólica. La línea derecha, el trayecto hacia el infinito, se opone a la oscilación del círculo, el perpetuo retorno; un camino rectilíneo se pierde en

el tiempo y elimina su reversabilidad. Se convierte en un portador de significados personales originados en los valores culturales: no olvidemos que la cultura es una forma colectiva de ordenar los sentimientos humanos, una perspectiva colectiva admitida por cada uno de nosotros.

El hombre obtiene de lo imaginario los medios de trascender el desplazamiento... hasta que puede re-hacer en sentido inverso el camino de la vida. Al considerarse el centro del Universo, el punto de partida en el centro del círculo, materializa sus sueños de inmortalidad. Pero para acceder a este mundo de aguas salarinas en los jardines de Jauja, tendrá que hacer un largo viaje: de la periferia donde está desterrado, hacia la cruz, al centro del círculo, donde se unen los contrarios, o se reducen las tensiones. Ideas sobre viajes, sobre desplazamientos hacia lugares mejores, se encuentran en la literatura (en *La Odisea*, *La Eneida*... y en nuestros días en la ciencia-ficción, por ejemplo, Tolkien, *El Señor de los Anillos*) e incluso en nuestras prácticas de vacaciones, de jubilación... e incluso en los círculos concéntricos de la urbanización de nuestras ciudades, esquematizados por los ecologistas urbanos de la Escuela de Chicago (Park y Burgess) y por los novelistas: «Atravesaron toda la ciudad, las sombreadas calles de los barrios ricos con sus majestuosas residencias y sus opulentos follajes, la zona habitada por las clases medias, parduzco y ruidoso, luego los amplios anillos de la miseria» (Allende, 1986, pág. 69). Sin embargo, la ascensión social, este maravilloso viaje, va a la inversa desde el centro de la pobreza hacia el lujo de los anillos externos.

El simbolismo del movimiento permite apoyar la función, ya que para emprender cualquier desplazamiento, es decir, para franquear las barreras físicas y sociales, el hombre debe demostrar que puede dominar los lugares. En la Antigüedad, los guardianes de los pasos-clave —los antepasados de los policías— rechazaban a los que eran profanos. En nuestros días, para nuestra movilidad es indispensable describir los códigos sociales y sus propiedades simbólicas. El hombre imagina su trayecto por medio de sus mapas mentales; en esto se origina el mito de la ascensión tanto social como espacial en el espacio, aun antes de llegar al mejor lugar tras el viaje, la tierra prometida de los hebreos o de los mormones. «Si pensamos que el espacio es lo que permite el movimiento, entonces el lugar es una pausa...» (Tuan, 1977).

Tal vez lo imaginario se lleve el gato al agua; en mis sueños dejo Ginebra y me voy a vivir a una ciudad fabulosa. Conozco su plano, la estructura o me imagino que los conozco. Tal vez sea Princeton; pero fuera del eje estructural lineal, no tiene nada en común con el Princeton en el que ya he vivido. La calle mayor, el campus universitario se han convertido en marcadores que permiten desplazarse por un nuevo decorado imaginario, salpicado de sueños abandonados. Este mundo,

como el de la población de provincias de los Gommel, de A. Robbe-Grillet, tiene unas dimensiones precisas, unas imágenes acumuladas... pero nadie puede localizar sus calles, edificios, límites; la trama sirve de laberinto imaginario en el que el tiempo se esfuma. El mito clásico del laberinto aparece a menudo en la representación del desplazamiento: itinerario en el otro mundo, constituye un pasaje que hay que remontar. Es el lugar del segundo nacimiento. Viaje en el espíritu, en el espacio y en el tiempo, da acceso a otro lugar maravilloso. El círculo es el signo privilegiado (como el agua), ya que esta forma sin referencia, nos impide presentar estructuras fáciles de codificar. Al encontrarse como Teseo o Dédalo, el hombre accede a un nuevo conocimiento... de esta forma, el sacrificador de la mitología se confunde con su víctima, como el detective de los Gommel se convierte en el delincuente... (Bailly y Constantino, 1985). Los desplazamientos, el lugar, los tiempos se confunden en esta experiencia existencial.

Tras este deseo visceral del viaje iniciático, en la tradición de la cueva lacedemónica, o de los cuentos sobre los cruzados narrados por los cuentistas, surgen numerosos parajes maravillosos de un más allá mejor... Y se puede comprender el viaje alrededor del mundo del burgués hastiado de su existencia o la fuga del adolescente. Habitar, es echar raíces, es domesticar un lugar, pero para hacerse hombre, hace falta abandonar el lugar de la infancia y sus normas; sólo por medio de la salida social y espacial se rompen las cadenas, se pasa al otro lado del espejo. Esos sueños de la India, como los de la Tierra Santa, simples evasiones del cuerpo y del espíritu, catalizan la experiencia espiritual hacia nuevas iniciaciones y nuevos hilos conductores de la existencia. Aunque el viaje esté motivado por el ascetismo, por la privación temporal, terminará en un paraíso interior... Los profesionales de los viajes comprenden bien esta búsqueda. Pero ¡qué pobreza aparece en esos catálogos de vacaciones inscritos en el exotismo de lo cotidiano! Lo funcional sobrepasa a lo simbólico, lo superficial a la interioridad y el mito se difumina en lo funcional re-encontrado. El barco montañés que constituyen las estaciones de esquí (Guerin y Gumuchian, 1978) ilustra la primacía de la economía sobre cualquier otro valor; hasta la nieve se ha vuelto muy funcional. Y el viajero volverá a encontrar la cadencia de su vida diaria cotidiana simplemente con un nuevo conjunto de actividades. ¡Qué lejos se está del peregrino de la Edad Media!... (Osterrieth, 1985).

3. UNA MEZCLA DE LO REAL Y LO IMAGINARIO

Los símbolos que hacen vibrar a los lugares no son solamente propios de los viajeros, o de los poetas... sino que también son los que cada

uno de nosotros deja sobre nuestro camino. Nos nutrimos de nuestro tiempo, y nuestras historias, nuestros escritos hablan por nosotros mismos. ¿Por qué nos vamos a extrañar por la mezcla de lo real y lo imaginario existente en las representaciones de los novelistas, o incluso por la de los cartógrafos? ¿Los mapas no revelan la sustancia de la valoración de los lugares? Así, los mapas terrestres, rodeados por escenas angélicas y diabólicas, y por océanos, tras los cuales se extienden los mundos paradisiacos. ¡Estas antologías de lo maravilloso sólo sirven para hacer la guerra! Como tampoco esos mapas pedestres realizados con caminatas soñadas por esos parajes maravillosos...

La imbricación del tiempo y del espacio obedece a esta lógica de lo real y de lo imaginario. Los antiguos situaban en el poniente el tiempo de las vidas pasadas, de la muerte; el levante, por el contrario, es la fuente de la vida, que se desplaza como el sol. Y más allá, en las antípodas, se imaginan esos mundos míticos, que engloban los restos de las civilizaciones pasadas, de los mundos engullidos o... a las nuevas Américas... los sueños de viajes fabulosos.

Idealista de forma deliberada, subjetivista, la geografía de las representaciones debe su riqueza al análisis de esta mezcla permanente de lo real y de lo imaginario. Sería un error creer que con la sociedad contemporánea, el hombre, al hacerse móvil, pierde sus raíces al vivir en unos entornos más y más homogéneos. Lo que ocurre es que omitimos descubrir la simbología de los lugares de nuestras vidas contemporáneas y su densidad poética. Parodiando a G. Durand (1964), el mal básico del cual quizá muera la geografía, es haber limitado las imágenes y los mitos para aceptar las visiones funcionalistas asépticas. Al integrar el significado espacial y su simbología, los lugares, hasta los más modernos, se revelan en toda su riqueza a los estudiosos. No sólo se descubren las relaciones sujeto-sociedad-lugar, sino también las valorizaciones sociales colectivas y los mitos espaciales. Cada barrio, cada edificio posee a la vez caracteres simbólicos y funcionales. Así las iglesias, las sinagogas, las mezquitas... los lugares de oración, desempeñan un papel ideológico, pero también las construcciones localizadas en unos puntos concretos de la ciudad, en unos sitios sagrados, en las colinas, dominan el paisaje urbano. Cada comunidad elabora sus grandes principios de localización integral ideológica y simbólica del lugar de culto. Estas representaciones mentales hacen surgir la pluralidad de los mundos imaginarios; «así, ¡los lugares más humildes, como los más feos, se adornan con el prestigio de significar, que solamente el tiempo puede conferir a las cosas!» (Fauque, 1974).

La polisemia de los espacios vividos, la superposición de las representaciones hace obligatorio este nuevo enfoque. La región, la villa, el barrio, reflejo de nuestras sociedades, son a la vez el sueño y la pesadilla. Del geógrafo que los estudia para ser un interlocutor válido frente a

los tecnócratas de la urbanización y los teóricos del desarrollo por la altura. Al no integrar la riqueza de los lazos, de la interioridad humana, simbólica de los lugares, la geografía descarnada pierde su saber geográfico...

«Con sonidos perdidos, sus violines hacen bailar a nuestra raza humana por la cuesta retrocediendo.»

(Apollinaire, *Alcools*)

4. HACIA UNA TEORÍA DE LA EXPERIENCIA ESPACIAL

Lo que le falta a esta geografía de las representaciones es algo de rigor para afianzar las experiencias existenciales en un esquema teórico lógico. Aunque las teorías del hombre no han podido resolver la cuestión del voluntarismo (la libertad individual) y del determinismo social, podemos proponer no una teoría unificadora, sino una serie de regularidades clasificadoras sueltas tras las investigaciones sobre las estructuras del paisaje (Bailly, 1985). La complejidad de nuestra relación con los lugares, evidenciada por los trabajos sobre la micro-geografía, nos obliga a concebir a todo espacio mental como organizado en función de tres aspectos: el estructural, el funcional y el simbólico. El aspecto estructural, valorado por Lynch, permite captar la utilización de las estructuras del medio entorno por los individuos en sus prácticas espaciales. El aspecto funcional se dedica a la tensión espacio-tiempo para explicar los problemas de acceso y las capacidades económicas de los lugares. En cuanto al aspecto simbólico, no tan abordado, excepto en la geografía de las representaciones, revela la variedad de las connotaciones espaciales y el haz de relaciones que enlazan al hombre-sociedad-lugar. Esta triple distinción permite considerar al espacio como algo más que un simple soporte. El ejemplo del lazo de unión entre el chorro de agua de Ginebra, objeto construido en el lago Lemán, y la imagen de una villa turística internacional, nos muestra cómo un símbolo atrae y se convierte en experiencia pasada: al final de la visita al puente del Mont-Blanc, todos identificarán el chorro de agua con la ciudad, con Suiza, con las montañas blancas en segundo plano... La experiencia crea una nueva información, un nuevo marcador (Bailly y Ferrier, 1986), que nos enseña cómo se construyen las representaciones.

Todo lugar, descompuesto en un conjunto de elementos, se organiza en ejes estructurales (los principales ejes de transportes y los ejes físicos como los ríos, las hondonadas), en relaciones de ejes (cruces, nudos), y en referencias y puntos marcadores (físicos como las montañas o edificados como los templos). Por medio de la clasificación sistemática de estos componentes y por el análisis de sus deformaciones en re-

lación a la geometría euclidiana, se pueden captar las referencias utilizadas por los hombres en sus regiones y comprender las transformaciones surgidas de sus prácticas en este espacio. Pero este estudio no tiene sentido sin un conjunto de significantes funcionales, culturales y simbólicos que le sean indisociables, es decir, unos marcadores que informen sobre el lugar. Un lugar, una posición y una comprensión geográfica no tienen significado sin las imágenes (representaciones) que se les atribuye. Entre los elementos significantes, se encuentran la simbología de la orientación y el carácter sagrado de ciertos lugares. Se completan con los valores atribuidos a los límites del espacio y a las referencias, sean religiosas, culturales o administrativas. Se conceptualizan así los lugares, en tanto en cuanto que espacios mentales significantes, interiorizados por sus habitantes, en oposición a la exteriorización de los entornos fuera de los límites mentales. Cada lugar existe por medio de una serie de propiedades funcionales (tipos de actividades, género de vida), simbólicas (lugares de prestigio, centros) y temporales (históricas, proyectivas).

La geografía debe reconstruir, como mínimo, los componentes de estos lugares, y clarificar sus simbologías. El paisaje se concibe como compuesto por signos, aceptados, descifrados, valorados por ciertos miembros de la sociedad. Así el lugar se hace leíble y se carga de lo imaginario (hechos psicológicos, imágenes mentales...), y sin esto no existe ni la centralidad, ni la marginalidad, ni la jerarquía.

CONCLUSIONES

Por muy delicado que sea, tras la necesaria reflexión filosófica que suponga (holismo, antropocentrismo, fenomenología), este tipo de análisis permite al geógrafo, consciente de la función que lo simbólico de nuestras representaciones ejerce sobre nuestras prácticas, abordar nuevos mundos, los de nuestros valores, nuestros significados y nuestros objetivos. Así podremos renunciar a esta vieja definición de «ciencia de los lugares» para iniciarnos entre las representaciones mentales, las estructuras intencionales y los haces de prácticas en el espacio y el tiempo. Uno de los objetivos de la geografía, la comprensión, organización y previsión de la experiencia geográfica humana, justifica este enfoque renovado. Al estudiar los significados, los valores humanos, y simbólicos de los lugares, el geógrafo devuelve al hombre un lugar que había perdido entre los análisis guiados por el funcionalismo. Esta exploración de los fundamentos existenciales de nuestro mundo, ¿no merece realmente el calificativo de geografía «humana»?

RESUMEN

Se trata de un análisis teórico de la Geografía de las Representaciones como una forma de análisis holístico del espacio, en el que se insiste en los aspectos afectivos y emocionales del tratamiento espacial. El hombre es conocimiento geográfico en el que se mezcla lo real y lo imaginario.

ABSTRACT

It is a theoretical analysis of Representation Geography. It is a holistic analysis of space and it stresses affective and emotional aspects of space. Man's geographical knowledge mixes the real and the imaginary.